



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Pablo Parellada.—Melitón González.)



El autor de *Los (cuidan) tes*,
que escribió *La (perro) tina*,
es articulista (re) ble
y ca (opulenta) turista (1).

(1) Camelancias de primer grado, invención del propio cosechero.

SUMARIO

Tiempo: De todo un poco, por Luis Taborda.—Ragatales, por Luis de Ansoarena.—Post añilla..., por Sinesio Delgado.—Beligerancia, por Eduardo de Palacio.—Chasarrillo viejo, por Fisco Yrizar.—El fracaso de un Tenorio de corral, por José Zahonero.—El espárrago expansivo, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios

Grabados: Instancias: Pablo Parellada (Melitón González).—¡Eh, á la plaza!—Zapatería (ocho viñetas).—La escala del amor (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Los dioses mayores de la política no son tan felices como cree la gente.

Ahí están los jefes de partido padeciendo durante todo el año bajo el poder de los *lateros* que van á leerles planes económicos. Cuando no son los economistas, son los gubernamentales,

les, y cuando no, los poetas. El número de los *chifados* es infinito.

Ahora, con motivo del viaje á Madrid de los orfeonistas, ha surgido entre los admiradores de D. Práxedes el proyecto de crear un cuerpo de coros, á fin de cantarle *barcarolas* por las noches y endulzar por este medio el ostracismo del jefe de la fusión.

Ya hay varios jóvenes exdiputados inscriptos en la lista de los cantores, y lo primero que van á ensayar es una plegaria que empieza así:

«Práxedes, pio,
vuelve al gobierno,
vaya al infierno
por siempre Cos...»

La letra, dícese que es de uno que estuvo haciendo de director general durante la última temporada fusionista, y ahora tiene casa de huéspedes.

* *

Es bien triste esto de que un jefe de partido no pueda tener libertad para rascarse, ni para vestirse, ni para tocar la guitarra, caso de que sienta esta necesidad filarmónica.

Á todo prohombre político lo primero que «le sale» es una colección de granos molestos, con el nombre de «contertulios», que producen picor incesante y fatiga extraordinaria.

Don Antonio no consigue echárselos de encima por más que hace, ni hay jefe de grupo parlamentario que se vea libre de esta enfermedad.

—¡Dios mío!—exclamaba uno de éstos.—¿Cuándo será el día en que yo me vea solo?

¡Vano afán! El infeliz murió entre un exsubsecretario y un oficial de secretaría cesante. Ni aun á la hora de la muerte pudo estrechar contra el seno á la esposa de su corazón, y ella decía, arrasados los ojos en lágrimas:

—¡Infames! ¡Ni siquiera le han dejado morir con comodidad!

* *

Hay jefe de partido que abre los ojos por la mañana y ya tiene dos ó tres contertulios dentro de la alcoba sentados sobre los baúles. Uno le lleva el periódico para leerle las noticias; otro va á decirle chuchufetas á fin de que se distraiga...

—¡Calle!—suele decir el jefe al encontrarse manos á boca con aquellos pícaros.—¿Ya están ustedes aquí?

—Sí, señor—contesta uno de ellos.—El criado no nos dejaba entrar, pero en cuanto vió que éramos contertulios, ha bajado la cabeza.

—¿Qué se va á hacer!—murmura pacientemente el prohombre.

Y salta de la cama, dispuesto á soportar el cariño abrumador de aquellos correligionarios entusiastas, que, por su gusto, le ayudarían á vestirse y á lavarse y á verificar todas las demás operaciones íntimas.

—¿Hace frío?—pregunta el prohombre, por decir algo.

—No, señor; pero abriguese usted, porque Noherlesoom anuncia humedades—contesta uno de los tertulianos.

—Póngase usted la almilla—añade otro.

—Y una bufanda—agrega el tercero.

Y quieras que no, le arropan entre todos para que no se constipe al salir de la alcoba.

—Voy á...—dice él.

—Comprendido, comprendido—le contestan á coro.

Y se quedan esperándole con la mayor complacencia del mundo.

El prohombre regresa de su excursión al sitio reservado, y todos le preguntan: «¿Qué tal?» Á lo que suele responder: «Perfectamente». «Nos alegramos», replican ellos. «Gracias.»

Lo más natural es que llegue la hora del almuerzo y los contertulios no se vayan. ¿Qué va á hacer entonces el jefe más que convidarles?

—Quédense ustedes—les dice.

—No, señor; de ninguna manera—responden ellos, y pasan decididamente al comedor, donde vuelven á decir que no quieren quedarse, pero se sientan á la mesa y comen de todo.

—¿De dónde es este queso?—pregunta uno, después de servirse un trozo de medio kilo.

—Por el acento parece andaluz—dice el jefe con cierta sonrisa de hombre chistoso.

—Lo preguntaba porque está muy rico.

—Y muy mantecoso—añade uno de los aduladores.

La principal misión de éstos consiste en tributar elogios á todo cuanto se relaciona con el jefe y su familia; de modo que empiezan por alabar el queso y acaban por entusiasmarse con la voz del ama de cría que está durmiendo al rorro en el pasillo.

—Canta muy bien—dice uno.

—¡Ah, deliciosamente! Mejor que los orfeonistas.

—¡Y qué bien cría al niño!

—No me hablen ustedes de él. ¡Estoy muy disgustada!—dice la señora del jefe.

—¿Por qué?—preguntan todos con afán.

—Porque se le está desfigurando la nariz. Antes la tenía aguileña.

—Pues le hace muchísima gracia, sí, señora.

—El chico es precioso.

—Y tiene un modo de mamar más inteligente...

* *

El caso es que el prohombre no puede hacer nada sin testigos. Más de una vez se entregaría á las expansiones domésticas, pero allí están los fieles adictos husmeándolo todo y llevando una nota exacta de las alteraciones que sufre la fisonomía de su jefe.

¡Triste condición la suya! Mientras dura su alejamiento del poder, soporta resignado la presencia de sus contertulios, y al día de la victoria tiene además que meterles en el presupuesto...

¡Qué desgraciados son los jefes políticos!

* *

Un nuevo libro de Federico Urrecha, es decir, un precioso tomo, que lleva una hermosa portada de Saint-Aubin, y está escrito con la galanura á que nos tiene acostumbrados mi antiguo compañero de *El Imparcial*.

La obra se titula *Veinte días en Italia*, y es una amantísima narración donde abundan las descripciones artísticas y los episodios interesantes.

Felicito á Urrecha por su libro y deseo que venda toda la edición.

Luis Taborda

*

Bagatelas.

Voy por el mundo, mujer,
arrastrando mi alma muerta,
y, aunque nadie ve el cadáver,
¿no sabes tú lo que pesa!

Ve á la guerra y, si es preciso,
toda tu sangre derrama,
¡Otros dieron seis mil reales
y han cumplido con la patria!

¡No he de estarle agradecido,
si no cumples con la Iglesia
por poder cumplir conmigo!

Conque el llanto que cae sobre el
cayera en el campo, [alma
no haría falta ni hacer rogativas
ni sacar los santos.

¡Claro, no la he de querer,
si hace muy poco era un ángel
y por mí se hizo mujer!

No me hables más de prudencia
mirándome de ese modo:

¡que me rechazan tus labios,
pero me besan tus ojos!

Que se forme un tribunal
y que juzgue á esa mujer,
¡porque me ha robado el alma
y la asesinó después!

Como se le ha muerto un hijo,
ya dejó de ser ateo...
¡pues para un alma tan pura
necesita un padre el cielo!

Se hundió el ídolo que ha poco
levanté en el alma mía...
¡Qué peso más formidable
el de unas alas caídas!

Á un suicida por amor
la Iglesia negó el sagrado:
mas ¡sagrado será siempre
el sitio en que le enterraron!

—¡Cuando la patria te mira
te puedes mostrar cobarde?...
—¡Ya se lo dire á usted cuando
deje de llorar mi madre!

Luis de Ansorena.

Post nubila...

En las profundidades del abismo
se hunde el buque sorbido por las olas,
que á destrozar su presa
se levantan, empujan y amontonan.

Pasada la tormenta, del naufragio
las mansas aguas los vestigios borran
y la luz centellea en las espumas
que ocultan la catástrofe traidoras...

Así el dolor, las penas, las pasiones
agitan, y conmueven, y destrozan,
y tras fieras terribles tempestades
á las playas las víctimas arrojan.

Viene después la calma del olvido
que cae sobre sucesos y personas,
se borran los desastres
y brilla el sol en las tranquilas ondas.

Sinesio Delgado.

Beligerancia.

No todas las palabras son del dominio público.

Hailas reservadas para señora Parda, por ejemplo; para caballero y para niños y niñas menores... No se dice menores que quién.

El idioma se enriquece constante, lenta pero continuamente agrícola—que dijo un orador ateniense ó ateneísta.

Palabras á la medida y palabras á ojo, de naturaleza extranjera y de origen desconocido, también están en uso.

El vulgo de bien, de suyo pacífico y refractario á los adelantos rápidos y á las innovaciones y reformas, recibe una palabra que no le es familiar con asombro y hostilidad.

Aun no han tragado eso de la beligerancia varios señores *vulgares*, algunos de ellos establecidos y con casa abierta.

He tenido ó he disfrutado la satisfacción de oír diversas explicaciones de la beligerancia, entre personas, por lo demás, de buenos antecedentes.

—La beligerancia es, como si dijéramos, una especie de patente en córcago, ó en corzo, para tomar lo que se quiera en tierra de moros—explicaba á sus dependientes el principal de una *beligerancia* de ultramarinos.

—Un beligerante es lo que en otro tiempo correo de gabinete según mi sereno.

—Una beligerancia es una especie de Constitución, como la del 69—en opinión de The carbonario por arrobos, de mi calle.

—Declarar á un sujeto beligerante es como declararle fuera de la ley, al decir de un guardia de seguridad y aseo.

—¡Adiós, beligerante!—saludo de una «chica pensionista» á otra condiscípula.

—La concesión de beligerancia equivale á la concesión de terrenos para su explotación ó para su explosión, como se diga—

opina un profesor de primeras humanidades, según él se titula, y añade:

—Beligerar es un verbo activo, como barrear ó como otros muchos. *Verbi gratia plena*: yo beligerero, tú beligeras, él beligerera.

—Es como meterse donde no le llaman.

En algunos barrios de Madrid no se habla más que en beligerante ó de beligerancia.

Los vecinos «más meridionales» andan intranquilos con eso de la beligerancia.

Decir en algún *Morgan club*, ó sea establecimiento vinario: «Ese es beligerante», es como entregarle á la vindicta pública.

—Señor juez, yo quisiera la beligerancia de los cuerpos. ¿sabe usía?

—No sé, hija mía.

—La separación; vamos, la libertad de la autonomía individual de la persona.

—¿Y usted aspira á ser *beligerante*?

—Justamente.

He leído en un cartelito colgado en la puerta de una carnicería:

«Cordero de la beligerancia á 75 céntimos medio kilo.

Tucino Sherman, beligerante...»

Por fin, una señorita cursilota del todo cree que la beligerancia es la bilis, y me decía:

—Estos días estoy tan beligerante...

Eduardo de Palacio.

VEH. Á LA PLAZA!



—¡Rediós, qué cosas pasan
en esta vida!
La boca, que va llena,
vuelve vacía,
y justo es lo bueno!
¡Pé, que me voy vaciando,
me vuelvo lleno.

Chascarrillo viejo.

Un paleto de... yo no sé de dónde
que se vino á Madrid pa ver las fiestas
y tomarse un *hailas* en Las Columnas
y comprarse un bodijo en la Pradera,
entró á afeitarse en una barbería

ZAPATERÍA



—¿Le molesta?
—No, señor, no; al contrario. Me da mucho gusto.



Un calzado que da pena.



Un calzado que no da ni pena ni gloria.



Un calzado que da gloria.



Masculino.



Femina.



Neutro.



—Oiga usted, paisana, que esto no entra.
—Y ¡qué quiere usted que haga yo!
—¡Anda! pues venir á ayudarme, haciendome cosquillitas, como se usa en las zapaterías de lujo.

de esas muy elegantes y completas, donde, como es costumbre, hay colocada junto á cada sillón su escupidera... cosa que el infeliz desconocía porque aún no se *estilan* en su aldea. No sé si por el humo del cigarro... en fin, por lo que fuera, le dió un golpe de tos al buen paleta; vió que estaba aquel *chisme* á su derecha y, volviendo la cara al otro lado, escupió sin reparo hacia la izquierda. El barbero, con mucho disimulo, cogió la escupidera, la puso al otro lado y siguió tan tranquilo su faena, creyendo que sería algún descuido

ó alguna inadvertencia. Pero *cátese usted* que al poco rato le dió al paleta tos, aún más violenta, y al querer escupir y ver que estaba el dichoso *aparato* hacia la izquierda, repitió el juego de antes y volvióse á escupir á la derecha. El barbero, con tanto disimulo como la vez primera, volvió á cambiar de sitio el *chisme* de limpieza, hasta que á un nuevo golpe y al repetir la operación aquella, encarándose, al fin, con el barbero, le dijo levantando la cabeza: —¡Otra vez? ¡Y van tres! ¡Es esto burla,

¿es que me toma usted por un babieca? ¡Quite usted de una vez esa... pampina, á acabaré por escupir en ella...

Fuero Tráyyoz.

EL FRACASO DE UN TENORIO DE CORRAL

I

Cresta Picuda tenía los ojos brillantes como rubíes y rojos como el fuego; tenía bajo su agudo y fortísimo pico dos membranas gordas y encarnadas; el cuello se elevaba con petulante altivez, y ostentaba la frente coronada por una admirable

cresta de color de grana con muchos y muy pronunciados y agudos picos, de los cuales le venía á él aquel nobilísimo nombre, que era de familia, por ser asimismo de casta tener muy erguida y repicoteada la cresta.

Sobre las pardo-pajizas tapias del corral y sobre la línea de tejas de un rojo negruzco se iluminaba el cielo á la llegada del alba, ofreciendo un verde semejante en su transparencia al del mar y superándole en pureza; por cima una faja de morado obscuro y por bajo un esplendor de luz blanca y alegre que daba gozo mirarla.

Sentíase el ruido del bosque, invisible aún en las sombras del monte, y el ruido del agua oculta entre breñas y zarzales; eran dos rumores diversos, que parecían llenos de misterios, y recordaban, sin saber por qué, el sigiloso diálogo de dos que se aprovechaban de la soledad y del silencio para hacerse mutuas confidencias.

Hacia más de una hora que el ruiseñor había cesado de cantar, y ni un solo pájaro de los más vocingleros y madrugadores había dicho este piec es mío. Entonces Cresta Picuda, con voz robusta y varonil, entonó su canto de diana:

—¡Aquí estoy yo!

Las damas dormían sobre un pie apoyadas en los travessíes del gallinero; las estrellas, muertas de sueño, parpadeaban, esperando que el sol al aparecer las mandase á descansar hasta la noche siguiente; la luna se había puesto muy pálida con el fresco de la madrugada, y la aurora se entretenia en regar con gotas de rocío las hierbas y las flores.

II

—Pues señor, dígame lo que se quiera—pensaba Cresta Picuda muy satisfecho,—soy verdaderamente un gallo afortunado. ¡Oh dulce desvarío del amor!

Comencé por tener á mi disposición cuatro gallinas parducas, vulgares, cloqueadoras, buenas para un gallo de aldea, impropias para un gallo de buen porte, triunfador y cortésano... Luego vino la Pizarrosa, y aquella pollita de color de perla que me trastornó el sentido, y á la cual olvidé... por la moñuda; ¡oh, qué linda gallinita! Después vino la blanca, luego la dorada, como hija de un noble falsán; tras de ésta la negra... buena madre, que me ha llenado de centenares de hijos... ¡Oh, ésta es la vida, amar y olvidar!—y el gallo hizo el intento de cantar *la dona è mobile*, en que se habla de plumas. Pero le salió un cacareo desentonado, y no prosiguió por no hacer gallos, porque para gallo bastaba él. Tuvo seguidamente su momento de deleitoso recuerdo, haciendo memoria de sus triunfos en la pelea cuando rió con Espolones y con mister Quiquiray, gallo inglés, y con un notable gallo hamburgués de *cañón de terciopelo*. Y así, en estos pensamientos de amor y de gloria, dispuesto á reñir con los rivales y á enamorar á las damas, se le pasaba gratamente el tiempo. En esto oyó píos afañosos de pollitos mimados y cloqueos de llueca...

—¡Esto es interesante!—se dijo; hacía pocos días había muerto una llueca, dejando treinta hijitos en la orfandad; sin duda una nueva gallina los había adoptado; la recién llegada se recomendaba, desde luego, por sus buenos sentimientos... El gallo se lanzó fuera del gallinero, á explorar el corral... En efecto, allí había una gallina, joven al parecer y no fea, que dirigía á la pollada y la quería amparar bajo sus inocentes y virginales alas.

—¡Oh, joven institutriz! ¡Cuán amable apareces á mis ojos ejerciendo esa tierna misión!—pensaba el gallo... y se iba acercando á la forastera, con el corazón palpitante de apasionados deseos...

Pero la joven, amedrentada y ruborosa, huía... meneando su colita... en señal de rubor...

El gallo zarandéaba majestuosamente su cresta, y movía con acompasado andar sus zapatillas calzadas de espuelas.

—¡Vaya! Cuatro caracoles bien pronunciados, un quiquiriquí á toda voz...—y esa *joven madre*... (el gallo cometía *galicismos*) y mi triunfo es cierto.

Pero la joven huía con ese paso incierto, menudito, femanil, de escape y no quiero, propio de las pollitas plumas é implumes...

Ya había aparecido el sol... las gallinas, resignadas á su condición de esclavas, picoteaban por el suelo del corral... ocultando sus celos al ver al galán perseguir á una gallina forastera, deseando todas alguna venganza y alguna atreviéndose á soñar en peligrosas infidelidades... soñando, tal vez, con el gallo del corral vecino.

La forastera, cansada de huir con sus hijos adoptivos, se vió á merced del temible galán; éste, enamorado, se aproxima á la gallinita, cuando ésta, con voz meliflua, dice:

—Imposible, señor, yo no peleo...

—¿Quién te manda pelear, amor mío?—replica el gallo.

—Carezco de elementos...—replicó prolongando las eses.

—¿Qué quieres decir?—exclamó un poco amostazado el gallo y como recelando que pudiera ocurrir algo muy extraño; mas al fin lo comprendió, y, entendiendo que había sido objeto de una sangrienta burla, se lanzó á picotear á la supuesta gallina, que no hizo la menor resistencia...

Era un gallina... un capón amaestrado de llueca.

Desde entonces corrió la frase de llamar «un gallina» á los cobardes, y ara porque hubo de usarla frecuentemente el altoso y soberbio gallo Cresta Picuda... amostazado por el chasco.

Fecé Zahonero.

EL ESPÁRRAGO EXPANSIVO

AUTOBIOGRAFÍA

«Yo he nacido alguna vez.
El cómo se me lo explica.
¿Cuál fué mi nombre? Perico.
¿Cuál fué mi pueblo? Aranjuez.
Si tuve padres ó no,
Dios lo sabe nada más.

Creí, creí por demás;
al menos todo el que viví
mis hermosas proporciones
decía: «Vaya una pical»
¡Dos cuartas y la cabeza
libre de cavilaciones!

Ya me crié sin mantillas,
sólo con agua del Tajo,
y no costó gran trabajo
sucarme de mis castillas.

Cuando hecho un mozo me vi,
condenado me encontré
al destierro, aunque no sé
qué delito cometí.

Y como aquí nadie auxilia
al de humilde condición,
me cortaron en unión
de veinte de mi familia,
sujetándome ¡ay de mí!
con ellos de un modo tal,
que me duró la señal
todo el tiempo que viví.

Después viajé sin decoro,
pues por mi suerte traidora,
pasé más de un cuarto de hora
entre Pinto y Valdemoro.

Llegué á Madrid con calor.

Fuí conducido al mercado
y desde allí trasladado
al puesto de un vendedor,

donde al punto me echó el ojo
una cocinera impla
que copó mi compañía,
mejor dicho, mi manajo.

Inés Franco, á quien envidio
por su gracia seductora,
fué la verdadera autora
del cruel esparraguidio.

Ella me mandó cocer
en uno de los peroles
de la casa ¡Caracoles
con el baño de placer!

Quedé más blando que un higo
¡y gruñí más entre dientes!...
Que lo digan mis parientes,
¡los que cocían conmigo!

En fin, tras el baño aquel
me colocó una real moza
en una fuente de loza
que puso sobre el mantel.

Estuvo un rato Inés Franco
si me muerde ó no me muerde,
¡Y al fin me mordió lo verde!
¡Y al fin me chapó lo blanco!

No hacía lo que Caunto,
su esposo, que se campaba
lo blanco y después tiraba
lo verde al cesto de bruto.

Con verdadero deleite
Inés hizo mi supición,
tras de darme un remojón
en vinagre, sal y aceite.

Tales meneos llevé
sobre el plato, que hubo ya
de decir: «¡Que se me va
la cabeza!» ¡Y se me fué!

Inés dijo con firmeza
que la volvíamos loca,
y cuando llegué á su boca
llegué sin pies ni cabeza.

Las muelas de Inés después
hicieron en mí un desmoche;
caí en un *saco de noche*
que lleva por dentro Inés,

y allí me encontré reunidos
muchos manjares variados,
que por lo desmejorados
estaban desconocidos.

Seis horas más tarde Inés,
junto al tálamo nupcial,
maldecía el *corporal*
sentido número tres.

exclamando:—Es evidente
que á veces son muy felices
los que tienen las narices
como adorno solamente.

Me ticus: oculto mi dueña,
Ya veis, aunque no estoy mal,
que mi situación actual
nada tiene de halagüeña.

¿V puedo yo predecir
mi porvenir? ¡No, señor!
¡Pensarlo me causa horror!
¡Qué oscuro es mi porvenir!

Por no poder firmar,

Juan Pérez Zuñiga.

LA ESCOLA DEL AMOR



—¿Yo me atreviera á llamarte cielo, vida, rica, gloria!...



—¡Cielo, vida, rica, gloria!



Pero es más espantosa todavía la soledad de dos en compañía.



¡Quién volviera á aquella edad, y lo pasado pasado!

CHISMES Y CUENTOS.

Acabo de leer, y supongo que Dios me lo tendrá en cuenta cuando lleve mi última hora, una notabilísima traducción de *Lourdes*.

Notabilísima, porque el traductor, devoto de Zola indudablemente, no ha querido echar á perder el idioma del gran novelista francés, y ha conservado á la obra todo el *sabor* de su lengua *nativa*.

Voy á copiar, por gusto, uno de los últimos párrafos.

Hélas:

«Fué preciso despertar al señor de Guerszint, que había hecho un fin siesta.....
Era París en su fragua; París con sus pasiones, sus luchas, su estruendo cada vez mayor, su vida constantemente ardiente en alumbramiento de la vida del día siguiente. Y el tren blanco, el lamentable tren de todas las miserias y de todos los dolores, regresaba allí con gran velocidad, sonando más alto la desgarradora y estridente fanfarria de sus silbidos.»

¿Eh? ¿No es esto para encantar á cualquiera?

En fin, la misma casa editorial anuncia el *Don Quijote de la Mancha*, y yo... la verdad, tengo miedo de comprarlo.

Porque ¿quién me asegura á mí que lo voy á entender?

Fuera de broma: yo creo que, si para algo había de servir la Academia, era para eso: para examinar detenidamente las traducciones de las obras notables extranjeras y poner su veto á las que no fueran, por lo menos, medianamente inteligibles.

Porque si no se limpia, fija y da esplendor á esas cosas, corre la lengua castellana el peligro de hacer un fin siesta, como dijo el otro.

Hay que observar una cosa:

Que todos los días hacen el viaje de retorno de Cuba, siempre *por enfermos*, generales y más generales.

Y la enfermedad les ataca á todos á las cuerdas bucales, lo cual, naturalmente, les impide hablar de lo que nos interesa á todos, es decir, de las causas de la prolongación injustificada de la guerra.

Eso sí, todos prometen lo mismo: hablar en el Senado.

Pero los infelices no cuentan con la *hospeda*, y es que el Senado se constituirá *ad calendas graecas*, y en cuanto se constituya, lo primero que tiene que hacer es votar los auxilios á las Compañías de ferrocarriles.

Que es lo que urge.

Por supuesto que eso de las Compañías de ferrocarriles va picando en historia, y viene á demostrar la exactitud del refrán aquel que dice que *la gacera caed la piedra*.

Piden dinero á cosa que lo valga, y se lo niegan, lo vuelven á pedir, y se lo vuelven á negar; hasta que llega el momento propicio de hacer un empréstito y... hacen la forzosa.

—¿Quieren ustedes dinero al cinco por ciento?—dice el sindicato ó lo que sea.—Pues concedan ustedes diez añitos de prórroga á las pobrecitas Compañías, que están perdiendo hasta la respiración... y quieren seguir perdiéndola otro rato.

Y á propósito:

¿Tienen ustedes noticia de que se haya bajado el precio del pan?

Porque el del trigo sí ha bajado hace mucho tiempo.

Y resulta que hemos hecho rogativas para los tahoneros únicamente.

Porque el resto de la cristiandad está como si no hubiera llovido.

Leo:

«Los fabricantes de tabaco temen que se burlen las disposiciones del decreto que prohíbe la exportación del tabaco en rama, simulando contratos anteriores á la fecha en que aquél fué expedido.»

¡Mira qué gracia han hecho los fabricantes! ¡Eso mismo temimos los demás mortales en cuanto nos enteramos del decreto y de la *adyacente* reclamación de los Estados Unidos!

El ayuntamiento del Ferrol, contestando á una circular del obispo de Lugo que demandaba un *óbolo* para la formación de un batallón de voluntarios, ha contestado que allí no hay dinero para esas cosas.

Lo creo, porque ni para eso ni para nada lo hay en ninguna parte.

Pero bueno es que los demás españoles tomemos nota de esta declaración importante, para que si el Ayuntamiento del ferrol vuelve á promover algaradas y á constituir juntas de defensa para que se hagan ó compongan en su arsenal los buques del Estado, contestemos:

—Amigos míos, si ustedes no tienen dinero para ayudar á defender á la patria común, nosotros tampoco le tenemos para contribuir á la prosperidad de una región determinada.

Y en paz y jugando.

¿No se han cansado ustedes todavía de leer extractos de las vistas de actas?

¡Ay! yo sí.

Y creo que, puesto que la mayoría ha de aprobar siempre lo que al Gobierno le convenga, valía más que Cánovas se llevara á casa una lista y decidiera él sólo las que le parecían graves.

Con lo cual, siquiera, se acabaría más pronto.

Hemos recibido un curioso folleto que se titula *Un cántico al sol*, por D. José Anseré Visds.

El cántico empieza así:

«Un cántico muy bravío
hallarás lector aquí
el que desde Huesca envío
al sol y también á ti.

Es la muestra de un poema
que le estoy haciendo al sol;
le expongo un celeste tema
desde este suelo español.

Lo intitulo con el nombre
«Las celestes maravillas»
y es dable que alguien se asombre
al leer sus redondillas.»

Y sigue de la misma manera, terminando con una preciosa descripción de la explosión del bólide en Madrid.

No lo recomendamos eficazmente á nuestros lectores porque él solo se recomienda.

Libros:

Plano y guía del viajero en Madrid, aumentada é ilustrada con profusión de grabados, por D. Emilio Valverde. Libro utilísimo para cuantos visiten la corte y aun para los que residan habitualmente en ella, editado por D. Antonio San Martín, á cuya librería se dirigirán los pedidos.

El gaitero, zarzuela en un acto y tres cuadros, en verso, original de Guillermo Perrín y Miguel de Palacios, música del maestro Nieto, estrenada con grandísimo éxito en el Teatro de la Zarzuela.

Veinte días en Italia, apuntes de viaje, por Federico Urrecha. El celebrado autor de los *Cuentos del obispo* ha reunido en un tomo elegante, bajo una preciosa cubierta ilustrada por Saint-Aubin, sus crónicas de la peregrinación obrera. El libro es tan ameno que no hay modo de suspender la lectura, lo cual hace su mayor elogio. Urrecha describe con admirable espíritu de observación Roma, Nápoles, Venecia, Turín... todos los lugares de Italia dignos de ser conocidos, y... siente uno que se acabe el viaje tan pronto. La excursión al Vesubio y la visita á Pompeya especialmente, son capítulos que encantan, produciendo en el lector la impresión de la realidad. Cuesta el tomo 3 pesetas, y es de suponer que se agotará la edición inmediatamente.

Para todos los gustos, por D. Ángel Vergara de Prado, se titula un tomo, ilustrado con grabados, y cuyo texto forma una recopilación de artículos á cual más amenos y de muy diversas índoles. El que lea *Para todos los gustos* encontrará, como justificación del título, algo que convenga al suyo, por exigente que sea. Precio: 2 pesetas.

Pedro Jiménez, comedia en dos actos y en prosa, de los infatigables L'Arrin y Palacios, estrenada con gran aplauso en el Teatro de Lara.

Una obra en que el ciclista hallara cuantos datos le fueran precisos para las buenas orientaciones hace tiempo venía echándose de menos entre los que por recreo ó higiene dedican sus ocios al *sport* velocipedico. Sin pretensiones de ningún género, y persiguiendo solamente el fin de hacer algo útil para sus compañeros de pedal, D. Heliodoro Gallego Armesto, con su *Guía del ciclista*, editada por los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, suple esa falta, prestando un señalado servicio.

Según dice en el volumen que acabamos de examinar, pretende publicar en tantos tomos como provincias tiene España una *Guía del ciclista*, en la que se encuentren cuantos datos se deseen, tanto históricos y geográficos como topográficos; y á juzgar por el tomo dedicado á la provincia de Madrid, primero que se ha publicado, la obra en cuestión satisfará perfectamente, con sus descripciones, plano general, perfiles de las carreteras y otros preciosos datos, las necesidades que para las orientaciones puedan presentarse al ciclista.

Otra bondad de esta obrita es que puede llevarse perfectamente en el bolsillo y consultarse estando en marcha la máquina, por su cómoda forma y encuadernación.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un poeta humilde.—Trepamos con la misma dificultad de siempre. Con que los sonetos á mi amada no interesan absolutamente á nadie. Algunas veces ni á la amada misma.

El pueblo soberano.—Tiene usted más razón que el verbo. Pero ¿quién es el guapo que se pone á inventar ahora?

Givendino.—También es verdad lo que usted dice, pero ¡ay! no es nuevo el asunto, ni muchísimo menos.

Sr. D. L. S.—Deploro tener que volver á asegurar que no podemos admitir artículos.

Castañuelas.—La forma no está mal del todo. El fondo es el que no vale la pena. ¡Ah! Ese concejal que se llama *Laid* de apellido, para consonantar con *solicitud*, me parece un ripio municipal de los que pasan de la marca.

El Peñón de Gibraltar.—¡Oh! la ingrata que le abandona á uno por un militar es casi prehistórica. Aquello de pasión *desbordada* y *genuina* no suena bien del todo. No por lo de *desbordada* precisamente.

Delfos.—Ni en los cantares ni en las humoradas encuentro nada saliente.

Sr. D. M. B. de V. L.—Un millón de gracias por los piropos. Y conste que sigo pensando lo mismo que siempre y que leo sus versos con muchísimo gusto.

Sra. D.^a J. M.—La contestación es peligrosilla. Porque ¿y si fuera usted el propio interesado?

Triquitraque.—¡Ay, ay, ay! ¡qué pedestre le ha salido á usted el romance!

Riquitruán, trun.—Bastante vulgar; y comprenderá usted que así es muy fácil hacer un soneto. Pongo por ejemplo:

«Me gusta la ternera con guisantes,
me gusta la ternera con judías,
me gusta la ternera con sandías,
me gusta la ternera con brillantes.»

Y así sucesivamente hasta la consumación de los siglos.

Un tal López.—Algo de miga sí que tienen, pero es una miga que han comido ya muchos poetas de humoradas.

Un aficionado.—Salvo lo de las humoradas, diga lo mismo exactamente. Sr. D. J. G.—Lo malo es que... puede que tenga color, pero de lo que se pueda estar seguro es de que no tiene gracia.

Sr. D. E. F.—¡Caramba! que no emplea usted bien los adjetivos. Porque eso de la fortuna *intrínseca*, la cara *tupida* y el archipiélago *sin cunas* que forma la atmósfera *suculenta* no se le ocurre al mismísimo diantre.

Sócrates.—Escribe usted con demasiada precipitación y le resultan vulgarísimos los cantares, vulgares los asuntos de la composición y un tantico pedestre la forma. Hay que fijarse un poco.

La Marín Tornes.—¿Á que no sabe usted lo que tiene gracia? La idea de escribir los versos en papel de cocina y con una ortografía endemoniada verdaderamente.

Paco.—Para empezar la carrera no está mal del todo. Ahora, si no la empieza usted... me vuelvo atrás de lo dicho.

N. N.—Inocente de puro manoseado.

El loco de la guardilla.—Descuidadico el romance y picante como una guindilla el asunto. Respecto á la pregunta le diré: Pues... médico. Lo de derecho se empezó después, pero no hizo más que empezarse. De ahí arrancaré la idea de ustedes.

Nerón.—No la he visto hasta ahora, ni la creo de oportunidad, ni me parece que debe usted seguir imitando á López Silva. Porque segundas partes...

Cosquillas.—¿Qué tendrá eso dentro de sí, que sabe á viejo todo?

El rata sabia.—No tiene nada de particular. Es decir, aquello de

ey que son por su brillo
dos bellos soles
que calientan, que queman
bien, ¡caracoles!

no se recomienda por su naturalidad y su soltura precisamente.

Aterlin.—Tiene un defecto principal. Y es el de estar hecha para una señorita. Porque doy por hecho que le importe á ella, pero á los demás ¿qué?

Trovador.—¡Recontral ande usted con mucho ojo, porque á ¡lo mejor le salen á usted los versos demasiado largos. Y á lo peor demasiado cortos. Pongo por ejemplo:

«Así como el sol
tiende sus albores por la mañana
luciendo su arebol,
y canta la rana
moviendo jarana
así como el pajarito
que aun es pequichito
del nido no se puede mover...»

Todo lo cual no parece poesía á primera vista, como usted comprende.

Z. Arnoc.—Tampoco usted silabea muy bien que digamos. Además, hay que advertir que el sol no se oculta nunca á las miradas de la tierra. De una parte de la tierra todo lo más... y gracias.

El archiduque León.—El caso es que como el lance no es cosa mayor, ¡claro! no ha podido usted sacarle la punta. Porque que una muchacha diga que no sabe lo que es amor y se vaya, sin ulteriores consecuencias, es algo inverosímil, y sobre todo poco interesante.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOGA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA—MANSANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sallos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

Á corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍE Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Llaneta, 11 sup.º